

Europa. Como hombre de estado, queria ademas un núcleo de ejército en Lille, á fin de que si la demagogia anárquica y sanguinaria llegaba á triunfar en Paris, los republicanos moderados, vencidos y espulsados de este punto, tuviesen una reserva disponible en el Norte. Esta reserva, bajo las órdenes de Negrier, habria en todo caso reunido bajo sus banderas á los guardias nacionales de los escelentes departamentos de aquella parte de la Francia, y reconquistado á Paris y á la república de la tirania de los demagogos de que sin cesar estaba amenazada.

XIII.

Negrier, por su parte, sin conocer personalmente á Lamartine, habia comprendido por sus palabras y sus actos que en el ministro de negocios estrangeros habia un hombre de su mismo corazon. Un amigo del general. Mr. D***, gefe de batallon de la guardia nacional en Paris, confidente activo de los esfuerzos de Lamartine para salvar el órden y contener la revolucion, hizo muchos viajes á los acantonamientos del ejército del Norte, y fué el inteligente mediador de las comunicaciones secretas entre Lamartine y Negrier. El general estuvo siempre dispuesto á recibir al gobierno en Lille en caso de retirarse de Paris, ó á marchar sobre Amiens ó Abbeville al primer llamamiento que el gobierno hiciese á estos departamentos para acudir al socorro de Paris. Esta reserva del ejército del Norte, á las órdenes de un general resuelto y fiel, era el último recurso de Lamartine, y el que le inspiraba alguna tranquilidad, no para sí, si-

no para los parisienses y para la Francia, porque sabia muy bien que si la demagogia llegaba á triunfar, seria su primera victima, pero no dudaba del porvenir. El ejército, que en diez dias podia reclutarse en el Norte con veinte mil guardias nacionales de los departamentos del Norte, del Este y del Oeste, no podia dejar de ahogar en su misma sangre á los dictadores del comité de salud pública, que meditaban la renovacion de las tiranias de 1793. En los mas graves trances del gobierno; semejante reserva tranquilizaba el espíritu de Lamartine, y el nombre de Negrier resonaba secretamente á su oido como la última esperanza, ó al menos, como la venganza cierta de la sociedad trastornada; pero no confiaba á nadie estos pensamientos por temor de atraer sobre Negrier las sospechas y las acusaciones de los demagogos.

XIV.

Tranquilo por esta parte, resolvió hacer esfuerzos de otra clase sobre el espíritu y el patriotismo de los principales gefes de las sectas, de las opiniones, de los clubs y de los diarios extremos, únicos que tenian entonces poder bastante para conmover á Paris, y sin los cuales los mas atrevidos no podian nada con el pueblo. Si fracasaba en sus intelijencias con ellos para obtener paciencia, razon y moderacion hasta el dia de las elecciones generales, consultaria con sus amigos del gobierno y estarian dispuestos á un combate desesperado entre los dos campos de la república en Paris. Si, por el

contrario, conseguía su intento por medio de estos hombres, sería dueño de las fuerzas mas activas de la revolucion, y paralizaria las tentativas del comunismo, del terrorismo y de los partidarios de la dictadura y de la guerra. Lamartine creia en las buenas intenciones aun de los hombres mas fanáticos y en la diplomacia de la confianza y de la franqueza con ellos, y su fé salvó á Paris y á la Francia de los últimos desastres. Si no hubiera abierto su corazon á sus adversarios prevenidos contra él, si no les hubiera manifestado su alma y sus desigñios, estos hombres habrian continuado creyendo que Lamartine no se habia adherido á la república mas que para explotarla y hacerla traicion, que tramaba una contra-revolucion; que soñaba para sí el antiguo papel de un Monck popular, y uniéndose estos hombres contra él á los partidarios de la guerra, de la dictadura y de la purificacion del gobierno, hubièran precipitado á la Francia en las convulsiones de un gobierno convencional.

XV.

Lamartine conocia á algunos de estos hombres, y les hizo insinuaciones para atraer á los otros á algunas entrevistas con él.

Uno de los mas eminentes escritores políticos de la actualidad, era Mr. de Lamennais. Apóstol en otro tiempo del catolicismo, habia cambiado su fé y su mision por la mision y la fé de apóstol de los proletarios. Su alma se enternecia con las miserias de éstos. Su estilo se habia exacerbado con el resentimiento del pro-

letarismo, y hacia doce años que era la expresion de sus quejas, y algunas veces el grito de su venganza. La proclamacion de la república le habia apaciguado súbita y como milagrosamente. Este es el efecto de las victorias en los corazones generosos. Despues de la de la revolucion, se habia puesto de parte de la sociedad amenazada por el terror, el socialismo y la demagogia, y era redactor de *El Pueblo constituyente*, diario á que su nombre y su talento daba una gran influencia sobre el pueblo. Lamartine, que hasta entonces no habia visto en Mr. de Lamennais mas que al periodista, se quedó admirado de hallar en él de repente la moderacion, la firmeza, las miras del hombre político. Este diario combatía y hacia impopulares la guerra, la demagogia y las doctrinas socialistas. Si Mr. de Lamennais hubiera perseverado en estas vias, la Francia habria podido contar en él, con un hombre de estado mas. Lamartine le veia entonces frecuentemente en casa de una muger distinguida por su talento y su liberalismo. Monsieur de Lamennais habia formado un proyecto de constitucion, en que faltaba al gobierno la fuerza pública. Su nombre, moderado entonces, intimidaba á los escesos y confundia á las quimeras. Nombrado despues miembro de la asamblea constituyente, le conmovieron y le inspiraron demasiado temor las reacciones, y volviendo sobre sus pasos, se empeñó otra vez en el camino de la suspicacia y los recelos. Esta fué una inmensa pérdida para la república práctica; cuando el genio desierto, la causa abandonada sufre, y el siglo está de luto.

Raspail, que tenia gran influencia en los arabales de Paris, consintió en una conferencia con Lamartine: esta conferencia fué larga y franca. Lamartine habia oido á Raspail defender su causa ante el tribunal de los pares, y quedó admirado de su elocuencia original, pittoresca, resignada é intrépida á la vez. La política de Raspail parecia consistir en aspiraciones religiosas, populares, niveladoras, mas bien sentidas que desarrolladas en su imaginacion. La impaciencia le consumia, y acababa de impulsar al pueblo en su diario y en su club á pedir el aplazamiento de las elecciones y un dictador popular para el gobierno. Lamartine lo apaciguó demostrándole los peligros que habia para la república en tan intolerable usurpacion; le presentó las perspectivas infinitas de progreso y de caridad social que contenia la república, que se estenderian á medida que se desarrollasen la razon y la virtud de la sociedad; le convenció de lo impracticable de las transformaciones violentas de las bases de la propiedad, y le exhortó á que concediese tiempo y confianza al país, no usurpando la mas minima parte de la soberanía de todos.

Las razones y el ardor de Lamartine conmovieron á Raspail, mas filósofo que ambicioso, y prometió á aquel combatir los complots de la dictadura, esperar á que se reuniese la asamblea nacional, y no conspirar sino en alta voz y en la tribuna. La influencia supersticiosa que ejercia en el espíritu de las masas, contribuyó mucho en aquel periodo, á desanimar á los conjurados, y á contener al pueblo de los arabales en la paciencia y en la legalidad.

Cabet, cuya imaginacion, menos fuerte, se dejaba llevar de los sueños de una ambicion ilimitada, no fué tan accesible á la razon: su fantasma de invencion comunista, veíase siempre vagar entre su interlocutor y él. Sin embargo, como ciudadano, Lamartine no pudo menos de felicitarle de sus relaciones con Cabet. Este no podia ver con gusto las tentativas de dictadura que hubieran dado la supremacia á los socialistas ó á los tribunos, sus rivales en sistema y en popularidad, y conuvo á los comunistas de su partido, y con ellos á una parte activa del pueblo, en la expectativa que Lamartine queria imponer á todos los partidos.

Un jóven, que habia demostrado una vez en la cámara de los pares un gran talento, Mr. d'Alton Shée, y que era entonces muy aplaudido en las reuniones populares, combatió con ardor y desinterés los planes anárquicos y las doctrinas exageradas. Atrastrado despues á otras vías, se desvió enteramente de la república. Lamartine, que habia fundado grandes esperanzas en su actividad, en su valor y en su talento, le perdió de vista.

En aquella época, Barbés venia aún de cuando en cuando á casa de Lamartine. Sus intenciones eran rectas, pero confusas, y comenzó á estraviarse, sin saberlo y sin quererlo, con las inspiraciones de sus antiguos compañeros de prision. Hombre de accion, los hombres de sistema le atraian á su casa, sin que lo presumiese siquiera. Era el soldado de lo imposible, y no podia tardar en pasarse á los desesperados de la democracia. Pero si Barbés era capaz de conspirar, no lo era de hacer traicion á nadie. Su

presencia en las filas de los anarquistas tranquilizaba mas que inquietaba á Lamartine, pues aunque lo creia capaz de seduccion, estaba seguro de su lealtad.

Uno de los amigos y compañeros de cautiverio de Barbés, el jóven Lamieussens, ejercia una feliz influencia sobre los republicanos exaltados de este campo de la revolucion. Lamartine le habia distinguido, y se proponia utilizar sus talentos. Por esta época colocó un gran número de jóvenes republicanos en el estrangero, en las cancellerias, en los vice-consulados y en algunos consulados dependientes de su ministerio. Estos nombramientos, vituperados al principio, fueron despues todos politicos. Lamartine no debia dejar exacerbarse y viciarse en las facciones de Paris á hombres que habian sufrido por su causa y hecho servicios á la república dirigiendo y moderando al pueblo de Paris.

XVI.

Sobrier continuaba viendo asiduamente á Lamartine. Mas entusiasta que ambicioso, adquiria cada dia mayor ascendiente sobre la juventud revolucionaria de los cuarteles del centro de Paris. Entonces empleaba este ascendiente en favor de las ideas de orden y de moderacion; equilibraba por medio de su diario y de su club la influencia de otros diarios y de otros conciliábulos del partido de los dictadores y de los escesos, y aun queria sostener la integridad del gobierno con las armas en la mano. Su diario, *La Commune de Paris*, daba cabida algunas veces á himnos y doctrinas de malas fechas; pero reco-

mendaba el orden, la fraternidad entre todas las clases de ciudadanos, el respeto de las propiedades, la inviolabilidad de las conciencias, la paz con todas las potencias, y la calma, hasta el dia en que la asamblea nacional viniese á representar todos los derechos y á formar todas las leyes. Estas doctrinas de Sobrier tenian tanto mas crédito sobre la multitud, cuanto que á sus ojos nadie le escedia en exageracion de fanatismo y de esperanzas; pero su fanatismo era teórico y sus esperanzas tranquilas. Sobrier tenia ademas mucho valor personal, é informado de los proyectos fraguados en los conciliábulos ultra-republicanos, de diezmar al gobierno, sorprender los ministerios de hacienda y de negocios estrangeros, y apoderarse de Lamartine, sustituyéndoles hombres estremados, habia alistado quinientos ó seiscientos hombres, para los que le concedió armas Caussidiere con una intencion muy leal: tenia así en la calle de Rivoli una especie de cuartel general de policia armada. Lamartine estaba instruido por Sobrier mismo de todas estas circunstancias, y habia contribuido á hacerle ceder por los liquidadores de la lista civil el edificio que ocupaba este cuartel general frente á las Tullerías. Siempre que causaban á Lamartine alguna inquietud las noticias que le llegaban sobre alguna manifestacion contraria á la paz pública, algun complot contra el gobierno ó contra él mismo, hacia advertir á Sobrier, quien recibia sus órdenes y disponia su gente en su cuartel y sus medios de defensa al rededor de los ministerios amenazados.

Paris estaba entonces enteramente desguarnecido de tropas del ejército y sin guardia na-

cional; los partidos recelaban unos de otros, y cada uno tenia su policía y su ejército. Sobrier era el Caussidiere de la otra mitad de Paris. Lamartine no tuvo mas que motivos para estar satisfecho del desinteresado celo de aquel por la paz pública hasta la aproximacion de las elecciones, en que se abandonó á malas inspiraciones, secundó los manejos electorales de los socialistas mas exclusivos, dejó pervertir el espíritu de su diario, y se rodeó con una obstinacion pueril de un aparato de conspiracion armada, que no era mas que una locura, pero que parecia un complot. El general Courtais informó de ello á Lamartine. Este, que no veia á Sobrier despues de sus escándalos, le hizo decir dos veces que licenciase á sus seides, entregase sus armas y volviese á entrar en el terreno legal, so pena de proceder el gobierno enérgicamente contra él. Sobrier obedeció, aunque no completamente.

Ya volveremos á hallarle el 15 de Mayo.

XVII.

Lamartine entabló tambien francas inteligencias con los hombres mas influyentes y los oradores mas populares de todas las opiniones activas y de todos los clubs democráticos de Paris y de los arrabales. Los recibió en su casa, y persuadió y atrajo á los principales agitadores de los cuarteles mas populosos, pasando muchas noches enteras en discutir con ellos sin reticencia sobre la situacion de la república en el exterior y en el interior, así como las cuestiones mas ardientes de la economía política, que servian en

tonces de testo á los descontentos ó á las aspiraciones del pueblo. Aunque halló á aquellos rebeldes algunas veces, los convenció, sin embargo, de la necesidad de no debilitar á la república con disensiones civiles, que harian abortar todos los pensamientos de progreso social, aplazándolos para el porvenir, de combatir á los dictadores estraños y de calmar al pueblo, sometiéndole á su propia soberanía en la asamblea nacional.

Conmovidos estos hombres por el lenguaje sincero y casi siempre apasionado de Lamartine, obraban con lealtad en el sentido de sus deseos, reservando sus opiniones sobre ciertos puntos de de la discusion, pero concordando con él en las cuestiones esenciales. De cuando en cuando venian á informar á Lamartine de las disposiciones de sus cuarteles, y esta policía franca, ó mas bien estas negociaciones incansantes y leales entre uno de los miembros mas influyentes del gobierno y los principales gefes de los clubs, evitó las malas inteligencias, hizo abortar las conjuraciones, y salvó á Paris, abriendo el camino á la asamblea nacional. Fué esta una conspiracion de los hombres de bien contra las conspiraciones de los malos. Lamartine se adhirió particularmente á los jóvenes, sinceros aun en sus exageraciones revolucionarias, sin escandalizarse de los nombres que entonces inspiraban mas prevenciones en Paris, porque sabia que la fama de un hombre es con frecuencia una calumnia de buena fé de los que no saben mas que su nombre. Creia ademas que muchas sombras se disipan aproximándoles la luz del

corazon, y por otra parte ninguna repugnancia es lícita á quien quiere salvar la patria.

Así es como conoció y trató sin humillarse y sin envilecerlos á los principales agitadores de los clubs demagógicos de la Sorbona, en que cuarenta mil proletarios del cuartel del Pantheon recibian el aliento de la agitacion; á muchos delegados de los obreros del Luxemburgo, hombres de buen sentido, muy desengañados ya de los sofismas industriales y económicos de Luis Blanc, á un jóven mulato á quien la multitud seguia de club en club bajo la influencia de una ardorosa elocuencia tropical, y á de Flotte, uno de los mas fieles adeptos de Blanqui.

Servien, el jóven mulato, entusiasta y atractivo sobre el tripode, era dulce, tímido, casi mudo en la intimidad. El declaró á Lamartine que tenia mas pasion que conocimientos sobre las cuestiones sociales con que fanatizaba á sus oyentes, y éste le comunicó los resultados de sus propios estudios, sugiriéndole ese socialismo de sentimientos que hace fraternizar á las diversas clases de ciudadanos, sin privar de sus derechos á ninguna, y enseñándole que el socialismo verdadero no era mas que una cuestion de religion en los corazones y de equidad en las leyes. Servien inspiró la conciliacion y la paz á las masas fascinadas por su voz. Lamartine lo envió en seguida entre los negros sus hermanos á prepararlos para la emancipacion por la concordia con los colonos, creyendo que las colonias enviarian este notable talento á la asamblea nacional.

De Flotte era un jóven oficial de marina, de

buena familia, estudioso, honrado y adepto muy fanático de los sistemas radicalmente innovadores de las sociedades, que era partidario de Blanqui como el mas radical de los revolucionarios, pero influyendo sobre él por la elevacion de su inteligencia. Lamartine le sondeó á fondo, y no halló en su alma ni crimen, ni vicios, ni preocupaciones incompatibles con el órden social, conservador y progresivo que una república bien inspirada debe garantizar; conoció que este jóven, fuera de su lugar en las facciones, podia ser útil en la república, y pensó utilizarlo en la primera ocasion: despues supo que de Flotte, aunque extraño al motin del 15 de Mayo, habia sido arrestado á prevencion á causa de sus relaciones con Blanqui, y reclamó su libertad. Por de Flotte fué por quien hizo saber á Blanqui que le veria con interes, y quizá con éxito para la república.

XVIII.

Blanqui era entonces objeto de sospecha para el gobierno, y á la vez para los partidos extremos. Los clubs, á quienes dominaba por su violencia y su talento, le tenian envidia; los partidarios de la dictadura, que veian en él un rival ó un vengador, le temian, y todos le indicaban á la opinion pública como el único faccioso peligroso, á fin de ocultar ellos mejor sus conspiraciones tras de las de Blanqui. Este, por su parte, detestaba á esos hombres que habian intentado deshonorale; se separaba de ellos, y cifrando todo su estudio en sobrepujarlos en radicalismo, á fin de dejarlos atras en popularidad, los llamaba ambiciosos y engañadores del pueblo.

El eco de su voz les hacia temblar todas las noches, porque sabian que Blanqui estaba rodeado de algunos fanáticos capaces de vengar á su gefe á fuego y sangre. Esta fama sinistra de Blanqui era un fantasma interpuesto siempre entre su ambicion y ellos, y continuamente se esparcian los rumores mas amenazadores sobre las tramas de Blanqui y su partido, aunque no creian en ellas los mismos que los estendian. Era un Catilina de imaginacion. Tan pronto debia sitiarse al gobierno en el Luxemburgo y apoderarse de él en medio de la noche para conducirlo á Vincennes, como incendiar á Paris y aprovecharse del tumulto para proclamar su tiranía en nombre del pueblo, como sorprender con algunos cómplices el ministerio de negocios extranjeros y asesinar á Lamartine. La parte crédula del pueblo repetia con misterio estos rumores. Lamartine no creia en ellos: se affligia, sí, de los escándalos de palabra de esa pequeña faccion, pero no le inquietaban lo mas mínimo las acusaciones de traicion y las amenazas de muerte que resonaban por la noche en este club. Sabia que el verdadero peligro para el gobierno y para la Francia eran las facciones menos desacreditadas, y aun le disgustaba que la faccion de este conspirador, impotente en el fondo, sirviese de contrapeso é intimidase á otras facciones de otros clubs y otros partidos. Muchas veces se habia opuesto, sin que sus colegas pudiesen comprender el motivo, á que Caussidiero hiciese arrestar á Blanqui. Sin embargo, el nombre de este nuevo tribuno estremecia á todo Paris.

Su fama llenaba de terror la imaginacion del

pueblo, cuando á las seis de la mañana de uno de los últimos dias del mes de Marzo, ó de los primeros de Abril, entró en el ministerio de negocios extranjeros y pidió hablar al ministro un hombre de aspecto miserable, acompañado de otros dos ó tres hombres de rostros desconocidos y sospechosos. Lamartine acababa de levantarse; como el dia estaba templado, trabajaba medio vestido en su habitacion, y al ver entrar á Blanqui, adelantándose hácia él con pecho descubierta, le alargó la mano:

—“Y bien, Sr. Blanqui, le dijo sonriéndose: ¿venis á darme de puñaladas? La hora es propicia y buena la ocasion; ya lo veis, no tengo coraza.”

En seguida, haciendo sentar á Blanqui frente á sí:

—“Hablemos seriamente, le dijo. He deseado veros, y habeis consentido en conferenciar conmigo: este es un indicio de que nuestras ideas acerca de la república no son quizá tan inconciliables como las apariencias hacen pensar al vulgo. Entremos en materia. Voy á poner de manifiesto todas mis ideas como un hombre que no tiene nada que ocultar, ni aun á sus enemigos. Vereis si mi horizonte político es bastante estenso y luminoso para que todos los amigos de la democracia hallen en él una esfera de accion legal y la satisfaccion de su legítima ambicion de progreso. Podeis interrumpirme en el punto en que tengais que hacerme alguna objecion, y yo os esplicaré lo que parezca oscuro.”

Lamartine espuso entonces á Blanqui sus ideas sobre la república, tal como la concebía

para un pueblo continental, largo tiempo acostumbrado al yugo monárquico, y en quien los problemas del socialismo, nacidos de la industria, del lujo y de la miseria, agitaban hacia quince años las clases inferiores de la sociedad, y le demostró las garantías que debían darse á la propiedad, las instituciones de asistencia á los proletarios que era necesario fundar. En sus teorías, Lamartine fué todo lo lejos que le permitían sus pensamientos, pero no más allá de lo que aconsejaba el buen sentido y era realizable, y su conclusion fué un gobierno muy fuerte, expresión de la voluntad nacional libremente manifestada por todo el pueblo, y por lo mismo irresistible. Demostró los peligros de la guerra para las ideas democráticas, como para la nacionalidad francesa; se declaró enemigo inflexible de toda facción que quisiese monopolizar el poder por medio de la dictadura, ensangrentarlo en las convenciones ó destrozarlo en las anarquías, y se declaró partidario del dogma absoluto de la mayoría sincera de la nación contra la tiranía de una sola clase, aunque esta clase usurpase el nombre del pueblo. Por último, manifestó su odio contra los ambiciosos corruptores de este pueblo, y su compasión á los sofistas, que haciéndoles soñar con quimeras radicales, le preparaban el despertar de la desesperación.

Blanqui no le había interrumpido ni una sola vez. Su fisonomía ascética é impresionable prestaba atención con todos sus sentidos, y su ojo profundo y cóncavo parecía penetrar hasta en lo más hondo del alma de su interlocutor, para descubrir en ella la intención de seducirlo ó engañarle. Pero estaba demasiado ejercitado

en la observación para no descubrir que la actitud, la palabra, las facciones de Lamartine respiraban sinceridad. Blanqui no hizo ninguna objeción fundamental á las ideas que acababa de oír; habló con irónico desden de los hombres que se decían entonces los profetas del socialismo y del terror; admitió las teorías como teorías ó como tendencias, y reconoció que no había ninguna realizable fuera de la propiedad garantida y de los derechos adquiridos.

Por lo que hace al gobierno, reconoció igualmente la necesidad que tenía de condiciones de fuerza contra la anarquía; concedió sin dificultad á Lamartine que era menester desanimar á los partidos ambiciosos y turbulentos de la anarquía, adhiriéndose á la convocación de la asamblea nacional, y no vaciló en efecto, en hablar en este sentido en su club y en hacer retroceder de su propósito á las facciones que empeñaban á protestar contra las elecciones.

Lamartine, después de este diálogo político en que había obtenido todo lo que quería; es decir, el acuerdo para la convocación de la asamblea, y la promesa de combatir las tentativas dictatoriales, hizo parar la conferencia en una conversación familiar. Blanqui pareció abandonarse á ella con la expansión de un alma ulcerada y comprimida por la persecución que se abre y dilata en una intimidad de azar: contó á Lamartine su vida, que no era más que una larga conjuración contra los gobiernos; sus amores con una mujer á quien su cautiverio no había podido separar, y á quien habían muerto sus desgracias; sus largas prisiones y sus reflexiones solitarias; sus aspiraciones á un Dios,

y sus instintos anti-sanguinarios; pero su pasión casi invencible á las conjuraciones, especie de segunda naturaleza formada en sus primeras conspiraciones. En esta relacion estuvo sencillo, natural, elevado, algunas veces tierno. Lamartine creyó hallar en este conjurado toda la aptitud y todo el tacto de un hombre nacido para las negociaciones, si queria plegar su independencia al yugo de un gobierno. Le preguntó, pues, si consentiria en servir á una república segun sus miras en el interior ó en el exterior, y si su tarea de eterno crítico, de constante agresor de las instituciones, no le parecia pesada, estéril, ingrata, perjudicial á la república. Blanqui convino en esto último, y aun no pareció muy distante de la idea de servir á un gobierno, á cuyos ministros honrase, y con cuyas miras estuviere conforme. Blanqui y Lamartine se separaron, despues de una conferencia de muchas horas, satisfechos al parecer uno de otro, y con ánimo de volverse á ver si las circunstancias lo exigian.

XIX.

Desde este dia no dejó Lamartine de sostener inteligencias desinteresadas y leales en el seno de los diferentes partidos que se disputaban la direccion del pueblo. Su influencia se hizo sentir en ellos en un solo sentido: la convocacion y la aceptacion por el pueblo de Paris de la asamblea nacional. Seguro de la cooperacion para este objeto de los principales gefes de faccion, no tuvo ya necesidad de vigilar con sus colegas sobre las manifestaciones sediciosas que

podian hundir ó hacer desaparecer al gobierno cuando menos se pensase.

El peligro era de cada momento. La guardia movilizada no contaba aun mas que algunos batallones sin uniformar, y á cuyo equipo suscitaban mil obstáculos los delegados del Luxemburgo, que veian con repugnancia su creacion. El general Duvivier se impacientaba con razon de esta tardanza, y solo mantenía á su tropa en el deber á fuerza de estímulos y de solicitud. La guardia nacional, en número de ciento noventa mil hombres, se organizaba, se vestía y se armaba al impulso de su general y del gefe de estado mayor, Guinard, é iba muy pronto á nombrar su oficialidad; pero hasta entonces no existía mas que idealmente. El gobierno se negaba fundadamente á reunirla antes de que estuviere uniformada, para evitar que el contraste entre la indigencia de los unos y el lujo militar de los otros, crease una division aristocrática donde queria crear la unidad de los corazones y de los brazos. Los refugiados extranjeros crecian en número y en audacia en Paris, y pretendian forzar la voluntad del gobierno y apoderarse de los elementos de la guerra para llevarla á sus diferentes territorios, llevando consigo la bandera francesa. Los belgas asediaban al ministro de negocios extranjeros y al ministro de lo interior. El gobierno estaba inflexiblemente decidido á negarles todo auxilio, tan impolitico como indigno de su lealtad, pero no tenía mas que una autoridad moral que oponer á sus alistamientos y á sus proyectos de invasion.

El ministro de negocios extranjeros habia ro-

ya muchos veces sus trapis y escita do al príncipe de Ligne á obligarlos á volver á su patria. Algunos centenares de ellos habian partido en efecto de Paris; pero aun quedaban dos ó tres mil, tanto en este punto como en los departamentos del Norte. Parece que, cansados de sus insistencias y de sus reconvencciones, algunas personas cercanas al gobierno, pero poco fieles, participaron por complacencia ó por complicidad de estas pasiones de los tráfugas, les facilitaron medios de trasporte y les prepararon carruajes llenos de armas en las fronteras de Francia. Al llegar á Lille, el coronel belga que mandaba la expedicion, hizo pedir armas al general Negrier, quien, advertido por Lamartine, se las negó. Mientras que esto pasaba en Lille, Lamartine, instruido del complot, se dirigia oficialmente al ministro de lo interior para que se opusiese por medio de todos sus agentes al armamento é invasion de los belgas, quien accedia á esta peticion, enviando, en efecto, órdenes en este sentido á la frontera.

El comisario del gobierno en Lille, que en los primeros momentos habia creido quizá obrar de conformidad á las miras del gobierno, favoreciendo el armamento de los refugiados, se arrepentia de ello y hacia tardios esfuerzos para que la entrada de los belgas en su territorio fuese inofensiva. Los belgas, que veian entre sí á tres discípulos de la escuela politécnica, y que recibian de ellos carros de fusiles, creian en la complicidad del gobierno. Al penetrar á mano armada en el suelo de su patria, fueron recibidos á tiros por las tropas del rey, y volvieron á Francia gritando ¡traicion! Los ecos de

este grito resonaron en Paris, y agitó aun mas á los alemanes, á los polacos y á los clubs. A este hecho se le llamó la invasion de *Risignons-Tout*, del nombre de la aldea en que el combate tuvo lugar. Aunque no hubo aquí traicion, habia, sin embargo, inteligencias de algunos demócratas de Paris, con los refugiados belgas, y las órdenes del gobierno vinieron á revocar otras dadas por agentes secretos. Las potencias extranjeras se quejaron al gobierno con razon, pero en términos moderados, de esta invasion; pero se vieron obligadas á reconocer la buena fé y aun el vigor con que la habia reprimido el ministro de negocios extranjeros.

XX.

Iguales tentativas de reunion tuvieron lugar en Strasburgo y á orillas del Rhin, á pesar de la incesante resistencia del gobierno frances. Una expedicion de voluntarios saboyanos partió de Lyon, pasó el Ródano y se adelantó sobre Chambery, de cuyo pueblo se apoderó por sorpresa, y fué espulsada al dia siguiente por una insurreccion espontánea de las montañas. Monsieur Emmanuel Arago, que apenas podia dominar la anarquía industrial de Lyon, escribió á Lamartine participándole este complot, y que no podia reprimirle sin fuerza armada. Informado de él Mr. Ledru-Rollin por el ministerio de negocios extranjeros, envió comisarios y órdenes para disolver esta reunion. Lamartine propuso el concurso del ejército de los Alpes para restablecer el orden en Chambery y reprimir el atentado de los refugiados y de los franceses que habian formado causa comun con ellos

contra la nacionalidad saboyana. El gobierno fué tan extraño á esta violacion como el gobierno anterior lo habia sido á la invasion de los italianos en saboya. Sin embargo, publicó una proclama, ofreciendo separar de las fronteras á todos los refugiados; Lamartine y el ministro de lo interior se pusieron de acuerdo para ejecutar esta disolucion, y se emplearon sumas considerables por Mr. Flocon para socorrer, diseminar é internar los millares de refugiados que se habian reunido en las fronteras.

XXI.

Pero continuaban en Paris los mas inquietos: los polacos, que son el fermento de la Europa. Tan valientes en el campo de batalla como tumultuosos en la plaza pública, los polacos son el ejército revolucionario del continente. Todo el mundo es su patria, con tal que le agiten, y ellos no solo agitaban á Paris, sino que amenazaban al gobierno. Aclimatados por la hospitalidad nacional, sostenidos por los comités franceses, provistos de protectores infatigables, como MM. Montalembert y Vavin, siempre dispuestos á hacer valer sus títulos ante el poder, los polacos eran una de las mas graves dificultades de la situacion del ministro de negocios extranjeros. Habíanse creado cuadros de compañías polacas, en que podian alistarse á sueldo de la Francia, y esto era hacer todo lo que permitia el derecho de gentes. Declarar por su causa la guerra á la Prusia, al Austria y á la Rusia, era promover una cruzada para conquistar un sepulcro. Negarla, era esponerse á la impopularidad y á las sediciones en su favor. Los po-

lacos tenian voces en todos los clubs, gritos en todas las conmociones, manos en todos los tumultos; reclutaban abiertamente simpatias en los talleres nacionales; anunciaban audazmente manifestaciones polacas para intimidar al gobierno, y los hombres sensatos de su nacion trataban en vano de contenerlos. Los demagogos franceses se servian del nombre de la Polonia para conmover á la Francia. Lamartine que vigilaba atentamente sus agitaciones, se indignaba de que fuese mas dificil contener á estos huéspedes de la Francia que á la misma Francia.

Una noche que, fatigado de su lucha diaria en el Hotel de Ville entraba en el palacio de negocios extranjeros contando con dedicar algunas horas al sueño, tan raras para él en semejantes momentos, se le vino á anunciar una numerosa diputacion de polacos de yo no sé qué club democrático, que pretendia representar á la Polonia entera. Esta era la pretension de cada uno de los cinco ó seis partidos polacos, anárquicos hasta en el suelo extranjero, y antipáticos unos á otros. La diputacion se colocó en dos grupos enfrente del ministro, en su despacho del ministerio de negocios extranjeros. Uno de sus oradores habló un lenguaje conveniente, aunque demasiado imperioso para una colonia, de extranjeros. Lamartine iba á responderle con las consideraciones debidas al patriotismo y á la desgracia, cuando voces salidas del otro grupo protestaron contra la moderacion del primero.

Otro orador, saliendo con ademanes frenéticos del círculo de los descontentos, apostrofó in-

solentemente al ministro y á la nacion en su persona. Este orador pronunció un discurso sedicioso, en el que acabó por anunciar á Lamartine que los polacos eran mas dueños que él de Paris; que contarian con el mismo gobierno; que tenian alistados cuarenta mil hombres de los talleres nacionales para unirse á ellos al dia siguiente, y marchar juntos sobre el Hotel de Ville, y que si el gobierno no cedia, eran bastante fuertes para derribarle y cambiarle.

Irritado Lamartine al oír semejantes palabras, amenazas é insultos á la libertad del gobierno y á la dignidad de la nacion, aceptó el desafio, y acabó por decirles que si la Francia dejaba derribar su gobierno por un puñado de estrangeros que viniesen á imponerle la ley, seria porque la Francia habria descendido aun mas que las naciones sin patria.

La querella se animaba, las palabras eran vivas, los rostros se llenaban de fuego. El primer grupo intentó hacer comprender la razon al segundo, pero no llegó á conseguirlo. Por último, los polacos prudentes, que se hallaban allí en mayoría, calmaron al orador faccioso, y obtuvieron de él algunas excusas. La conferencia se aplazó para el dia siguiente en el Hotel de Ville. Al despedirlos el ministro, les dijo, que si el mensaje degeneraba en manifestacion, y si llevaban consigo á un solo frances, no los trataria como huéspedes, sino como perturbadores de la Francia.

XXII.

Al dia siguiente se presentaron, en efecto, en una columna numerosa, pero en actitud tran-

quila, sobre la plaza de Greve. En Francia y en Europa se esperaba con ansiedad la respuesta á ellos de Lamartine, porque esta respuesta contenia la paz ó la guerra para el continente entero. El ministro de negocios estrangeros les habló en estos terminos, reproducidos al dia siguiente por los taquígrafos de *El Monitor*.

—“Polacos: la república francesa recibe como un feliz augurio el homenaje de vuestra adhesion y de vuestro reconocimiento por su hospitalidad. Yo no creo necesario espresaros sus sentimientos hácia los hijos de la Polonia: la voz de la Francia os los espresaba todos los años, aun cuando esta voz estaba comprimida por la monarquía. La voz y las acciones de la república son mas libres y mas simpáticas aún. Ella os repetirá estos sentimientos fraternales, y ellas os lo probará bajo todas las formas compatibles con la politica de justicia, de moderacion y de paz para el mundo que ha proclamado.

“Sí; desde vuestros últimos desastres, desde que la espada ha borrado de la carta de las naciones estas últimas protestas de vuestra existencia, como vestigio y germen de una nacion, la Polonia no ha sido solamente una acusacion, sino un remordimiento vivo, presente, en medio de la Europa. La Francia no os debe solo votos y lágrimas, os debe tambien un apoyo moral y eventual en recompensa de la sangre polaca que habeis derramado sobre todos los campos de batalla de Europa, durante nuestras grandes guerras.

“La Francia os recompensará lo que os debe; estad seguro de ello, y confiad en el corazon de